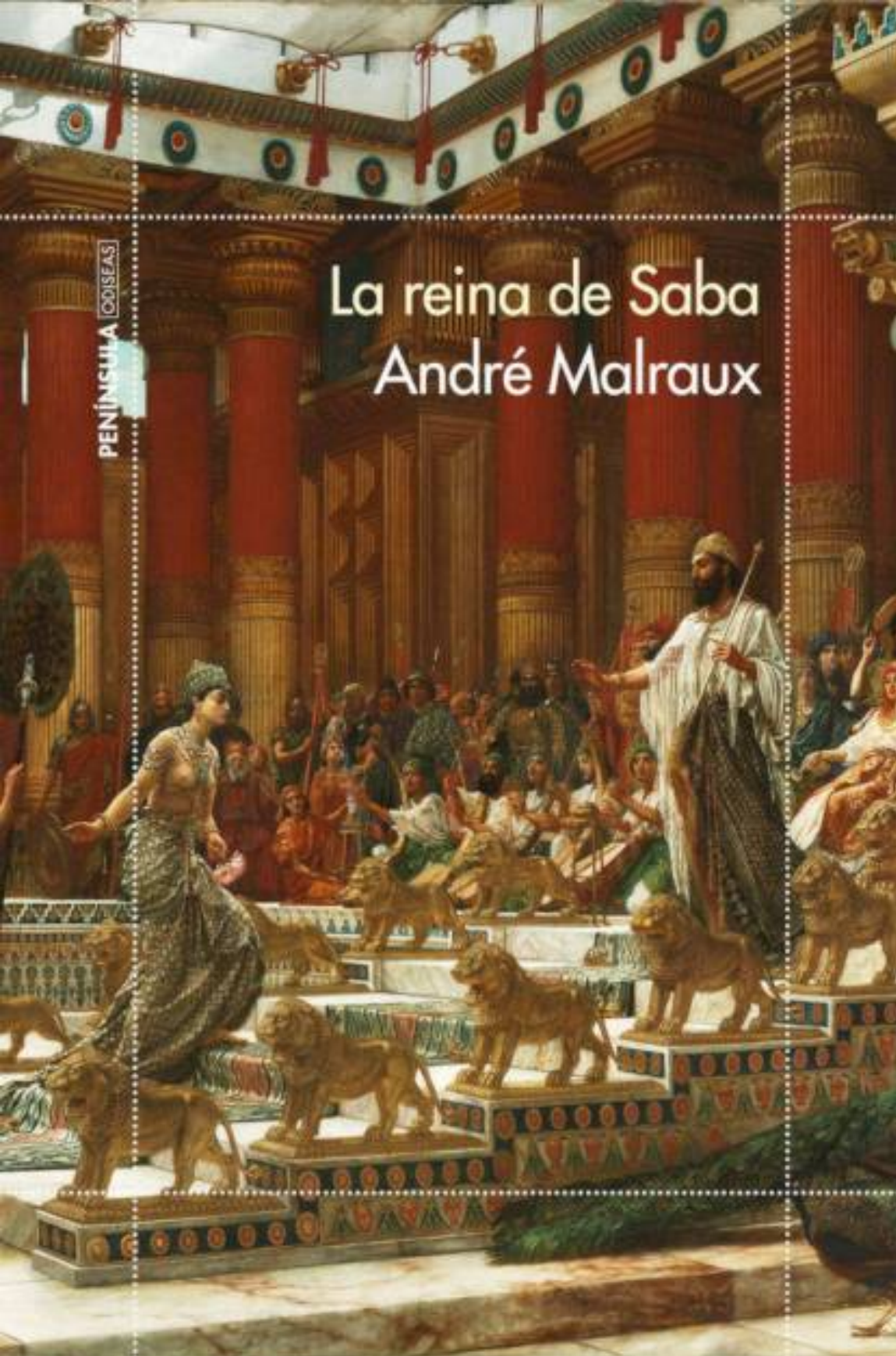


PENÍNSULA ODISEAS

La reina de Saba

André Malraux



ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

CITAS

PRÓLOGO. EL SUEÑO DE LA HISTORIA por IGNACIO ECHEVARRÍA

LA REINA DE SABA por JEAN GROSJEAN

¿UNA «AVENTURA GEOGRÁFICA»? por PHILIPPE DELPUECH

LA REINA DE SABA

PUERTA A LO DESCONOCIDO

FANTASMAS DE ARENA

ESPEJISMOS

SABA LEGENDARIA

EL PRODIGIOSO ESPECTÁCULO DE LA CIUDAD MUERTA

CUANDO EL DESIERTO SE DESHACE EN LAS ARISTAS DE LAS ESTEPAS

EL SECRETO DE SABA

NOTAS

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

**¡Regístrate y accede a conte-
nidos exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Nacido para la acción, imaginaria o real, André Malraux — uno de los grandes personajes del siglo xx— concibió su vida como una sucesión de aventuras, anhelos, ambiciones e ideas en marcha. Dotado de una prosa eléctrica y ágil, embaucadora, sus palabras corren por el texto como sus logros personales por su legendaria biografía: a saltos, desordenadas. Tahúr de emociones y metáforas, aviador sin aviones, brigadista en la guerra de España, resistente antifascista de uniforme sin pistola, Ministro de Cultura —el hombre de las bibliotecas—del General De Gaulle, Malraux imaginó su existencia como una combinación extraña de obra de arte y desafíos. En estos tiempos de Capitalismo 3.0, cuando el desorden emocional golpea las sociedades de bienestar, leer *La reina de Saba* es un placer y una provocación. Frente a la mentira y los videojuegos, Malraux nos transporta, poco importa a la veracidad de sus datos, al desierto y la verdad de la fantasía periodística.

La reina de Saba

André Malraux

Una aventura geográfica

Edición de Philippe Delpuech

Prólogo de Ignacio Echevarría

Prefacio de Jean Grosjean

Traducción de Guillermo Niño de Guzmán

ediciones península

Parto el 8 de enero próximo para hacer un raid exploratorio en África. Quiero tratar de encontrar una ciudad perdida que fue la capital de una civilización desaparecida y cuya ubicación conozco. Tendré como pilotos al capitán Chales y a Corniglion-Molinier, quien fue compañero de guerra de Guynemer.

Toute l'Édition,
9 de diciembre de 1933

¿Por qué no habría de existir también una tercera ciudad, aún inviolada, aún intacta, con sus murallas, sus palacios, sus torres, desconocida para los propios árabes, en esos territorios inexplorados?... Partimos hacia tierras ignotas. Son mil quinientos kilómetros por recorrer sin escalas. Si descendemos a tierra, es la muerte segura. Asimismo, si la ciudad está en el flanco de una colina, nos será difícil sobrevolarla muy bajo. Ya que es fácil derribar un avión cuando se le dispara desde

un punto situado encima de él.
Pero es el peligro mismo lo que
da más atractivo a esta aventura.
¡Hay por lo menos cincuenta po-
sibilidades sobre cien de dejar el
pellejo en esta aventura!

L'Intransigeant,
22 de febrero de 1934

Descubierta capital legendaria
reina de Saba stop veinte torres o
templos aún en pie stop en el límite
norte de Rub'Al-Khali stop tomadas
fotos para *L'Intransigeant* stop saludos.
Corniglion-Malraux.

L'Intransigeant,
8 de marzo de 1934

El aviador Corniglion-Molinier, su
mecánico Maillard y un pasajero han
aterrizado a las 11:50 en el aeropuerto
de Orly... Los aviadores regresan de
un viaje a Arabia....

Le Journal,
23 de marzo de 1934

PRÓLOGO

EL SUEÑO DE LA HISTORIA

por

Ignacio Echevarría

A este prólogo le corresponde el enojoso pero honrado cometido de prevenir al lector de que el libro que se dispone a leer —o que ha leído ya— es el producto de una impostura. Lo es, de un modo flagrante —pues lo proclama a gritos la pomposidad de su estilo mismo—, el texto de Malraux. Pero lo son también el prefacio de Jean Grosjean y el bien documentado ensayo introductorio de Philippe Delpuech, en cuanto arropan, sin resolverse a desmentirlas, las peregrinas especulaciones e infundadas conclusiones que acerca de su aventura en Oriente vuelca André Malraux, con descarada cháchara.

Avisado esto, importa añadir que es precisamente su naturaleza impostora lo que confiere a este libro buena parte de su interés y de su encanto. Pues lo que el libro viene a narrarnos es, hechas las cuentas, bien poca cosa: las alucinaciones arqueológicas de un joven mitómano y megalomaniaco, con la cabeza llena de pájaros, o de aviones más bien. Solo si es uno capaz de atravesar la cáscara retórica del texto y deja a un lado toda curiosidad científica o geográfica, se hallará en condiciones de apreciar el mérito real

de una aventura tanto más admirable en cuanto está sostenida en la sola fantasía —delirio casi— de su protagonista, un verdadero embaucador dispuesto siempre a torear todas las dificultades con que tropieza su empeño.

Esto último viene a sugerir que el polo de interés de este libro no reside tanto en la aventura que cuenta como en el sujeto que la vive y, sobre todo, la escribe y la suscribe: un aventurero. Y lo cierto es que a nadie conviene mejor esta etiqueta, con todas sus connotaciones, tanto positivas como negativas, que al joven Malraux.

«El afán de localizar los deseos y los sueños constituye uno de los rasgos más curiosos del espíritu humano», escribe Malraux al frente del extraordinario prólogo a su inacabada biografía de T. E. Lawrence (el justamente célebre Lawrence de Arabia, un aventurero de estirpe mucho más genuina que la suya). Y añade poco después: «Una vez muerto lo maravilloso, la imaginación inventa el exotismo, al igual que inventa el pasado, pues necesita lugares donde lo imaginario pueda acontecer, tenga la posibilidad de ser cierto...».

Parecen estas palabras una buena puerta por la que adentrarse en la insensata determinación de Malraux de dar con las ruinas de la legendaria capital de Saba. Pero más adecuada es esa otra puerta por la que se dejan ver las razones que mueven al aventurero —a cualquier aventurero— a actuar como lo hace.

Sobre estas razones se explaya Malraux —aventurera-mente, cómo no— en el prólogo citado. Dice allí que el primer deseo del aventurero «es satisfacer las partes de sí mismo preferidas por su imaginación». Dice que es nómada por naturaleza, que es temerario. Y afirma que, al igual que el hombre que creó la ficción —el artista—, «el que intenta vivirla —el aventurero— encuentra en todo el mundo un cómplice».

Para Malraux, «el aventurero se opone sobre todo a la identidad». Se trata de un tipo que «parece sentirse siempre acosado por lo que los hombres han hecho de él». Su enemigo «es el orden del mundo: la realidad». Pero esta, «definida como un ámbito de resistencias, implica una acción ordenada: un trabajo. En lo más hondo de nosotros mismos, la sentimos como un ámbito en el que debemos ordenar una música a cuyo ritmo nos vemos obligados a bailar. Toda su estructura reside en la palabra *hacer* [...]. Digamos que la realidad es un sistema de relaciones del que el hombre incapaz de definirlo siente intensamente su totalidad. La aventura, al igual que la imaginación, tiende a destruir ese sistema. No es casual que todos los aventureros sean viajeros, incluso en tiempos en que el viaje no supone prestigio alguno: el viajero contempla como espectáculo a la gente que contempla la vida como acción».

Y añade Malraux: «Ser nómada de las profesiones —como de los lugares, como de los estados civiles y, si ello fuera posible, de sí mismo— es intentar situarse, frente a la realidad, en las condiciones de lo maravilloso. El aventurero no puede conseguir “que ocurra algo”. Pero puede destruir cuanto impida que ocurra algo. Es decir, situarse sistemáticamente en un universo en el que pueda actuar con toda su fuerza el adversario de la realidad: el azar. ¿Qué azar? El aventurero es un personaje al acecho. ¿De qué? Casi nunca lo sabe, si bien lo siente intensamente. No sólo de acontecimientos novelescos. Yo diría de una acción cuya meta sea parcialmente desconocida».

Por aquí enlaza Malraux la figura del aventurero con la del jugador: «El juego es el gran medio de lucha contra la condición social. Toda la geografía de la aventura se ordena en torno a él [...]. La palabra *juego* evoca en primer lugar los juegos de azar; sin embargo, cuando se juegan grandes cantidades, la fascinación de la pérdida llega a ser

más intensa que la de la ganancia. Hablamos del gran jugador. El jugador se lanza al juego a través de una abstracción que solo le enmascara a sí mismo, el aventurero, a través de una profusión novelesca; juego y aventura no coinciden en lo que son, sino en lo que no son: la sumisión a la realidad. Por ello, ambos experimentan un sentimiento de un modo despótico: el de la insaciabilidad».

Así concluye Malraux su genérica caracterización del aventurero, subrayando que esta última, la insaciabilidad, es «el sentimiento que le embarga más despóticamente, ya porque se lo impone el destino, ya porque lo lleva dentro».

En su caso no hay dudas: lo llevaba dentro. Y se lo ve aflorar no solo en el audaz treintañero que sube al avión en el que se propone sobrevolar los desiertos de Yemen: también en el hiperestresado y tiquitoso ministro de De Gaulle que, asediado por su afición al alcohol y sus tendencias depresivas, regresa de cualquiera de sus viajes por África o por Extremo Oriente lleno de proyectos faraónicos y de inflamados discursos.

Qué fácil resulta ironizar sobre Malraux, ejercer con él la iconoclastia. En Francia constituye casi un deporte nacional. Peor que eso: una gimnasia intelectual, muy recomendable para ensayar la severidad crítica o la displicencia cínica. Con tanto más motivo en cuanto la antorcha malrauxiana parecen sostenerla en la actualidad tipos como Bernard Henri-Lévy.

La expedición que narra este libro, sin ir más lejos, admite ser reconstruida en términos bastante risibles.

En 1931, hallándose él en Afganistán, un ciudadano alemán le habría hablado a Malraux de los tesoros que permanecían enterrados entre las ruinas de la legendaria ciudad de Saba. Fascinado con la idea de encontrarlos, o al menos de dar con aquellas ruinas, Malraux visitó la Sociedad Geográfica, y allí fue donde el médico y explorador francés

Jean-Baptiste Charcot (hijo del célebre Jean-Martin Charcot) lo puso en la pista de Joseph Arnaud, el primer europeo que supuestamente llegó a Mareb. La primera idea del impulsivo Malraux fue recorrer a pie la misma ruta que hiciera Arnaud; pero, habiendo informado de su proyecto a su amigo Édouard Corniglion-Molinier, este le sugirió hacer antes una exploración aérea, y le recomendó que para ello acudiera a Jean Mermoz o a Saint-Exupéry, los más célebres pilotos de la época. La Compañía General Aeropostal, para la que ambos trabajaban, no autorizó la participación de ninguna de sus dos estrellas en lo que tenía todo el aspecto de ser una aventura insensata; entonces el mismo Corniglion-Molinier ofreció a Malraux sus servicios. Los dos conocían a Paul-Louis Weiller, director de la compañía Gnome-Rhône, fabricante de motores para vuelo. Entusiasmado con el proyecto, Weiller puso a su disposición un Farman 190, un pequeño avión de transporte de cuatro plazas muy apto para trabajos de observación. Para financiar el viaje, Malraux recurrió a sus amigos del diario *L'Intransigeant*, que recibieron con interés la idea de publicar una serie de reportajes sobre la búsqueda de una exótica y legendaria ciudad realizados por quien acababa de obtener el premio Goncourt con su novela *La condición humana* (1933). No solo financiaron el viaje: también proporcionaron al escritor un buen equipo de fotografía. A Malraux, por su parte, la aventura le brindaba una ocasión de escapar de la tormentosa vida familiar junto a su esposa Clara, que acababa de dar a luz a una niña pero que acosaba a su marido con reiteradas —y muy justificadas— escenas de celos.

La tarde del 22 de febrero de 1934, los dos expedicionarios emprendieron su viaje en compañía de un mecánico llamado Maillard. Lo hicieron sin comunicar su plan de vuelo a las autoridades, lo que no dejaría de provocar algunas protestas diplomáticas. Semanas antes, a comienzos de

enero, el gobernador francés de Somalia había recibido una carta sellada del Ministerio de las Colonias en la que se le comunicaban los propósitos de Malraux y las reservas que su nombre despertaba en el ministerio. «Es conveniente que sepa —advertía la carta al gobernador— que la actitud del señor Malraux no fue irreprochable durante su estancia en Indochina, en 1924 y 1925».

En efecto, en diciembre de 1924 André Malraux y su amigo Louis Chevasson habían sido detenidos en Indochina, acusados de la sustracción y robo de valiosos bajorrelieves expoliados de las ruinas del templo de Banteai-Srey, perdido en la selva camboyana. En el juicio correspondiente, Malraux fue condenado a tres años de prisión. En el juicio de apelación que se celebró pocos meses después, la condena le fue rebajada a un año de prisión condicional. Solo una nueva apelación, esta vez al Tribunal Supremo, permitió a Malraux regresar a Francia, donde la causa quedó sobreseída. Lejos de quedar escarmentado con el suceso, Malraux no tardó en regresar a Indochina, esta vez para fundar, junto con Paul Monin, un periódico —*L'Indochine*— en defensa y apoyo del movimiento Joven Anam, que se enfrentaba al viejo orden colonial.

Tales eran los precedentes a que aludía el Ministerio de las Colonias en su carta de advertencia a su gobernador en Jibuti. Así y todo, no se pusieron obstáculos a la nueva aventura de Malraux, quien parecía bastarse y sobrarse por sí solo para crearse él mismo problemas y superarlos. De hecho, los preparativos de su expedición fueron bastante precipitados, hasta el extremo de que solo durante su escala en El Cairo se procuró un mapa de la zona Yemen-Hadramaut, mapa que se reveló enseguida escasamente fiable, debido a que se correspondía muy poco con el que pocos días después procuraron a Malraux y Corniglion-Molinier los aviadores de la base francesa de Jibuti.

En El Cairo, el arqueólogo e historiador Henri Munier advirtió a Malraux de la completa ausencia de rastros relativos a la legendaria reina de Saba. Y Gabriel Dardaoud, corresponsal de *L'Intransigeant* en la capital egipcia, le preguntó, extrañado: «¿Cómo se les ha ocurrido meterse en esto? Sobrevolar un país hostil, al límite de las posibilidades de su avión, para fotografiar las ruinas de una ciudad que lleva siglos muerta y de la que ni siquiera conocen la situación exacta...».

El 7 de marzo, desde Jibuti, Malraux y sus dos compañeros emprendieron el vuelo sobre la zona, muy imprecisamente acotada, en que esperaban encontrar las ruinas. Apenas vislumbraron más que confusos montones de piedra sobre la arena, pero eso no impidió que al día siguiente se recibiera en la redacción de *L'Intransigeant* un cable en el que se leía: «Descubierta capital legendaria reina de Saba stop veinte torres o templos aún en pie stop en el límite norte de Rub 'Al-Khali stop tomadas fotos para *L'Intransigeant* stop saludos Corniglion-Malraux».

Corrió la voz del hallazgo, pero no tardaron en volcarse serias dudas sobre su autenticidad. Las más fundadas las formuló el explorador Beneyton, buen conocedor de la región, quien el 6 de abril afirmó desde *Le Temps* que Malraux había confundido Saba con cualquier otra población, y tachó a los expedicionarios de ignorantes, ingenuos o mentirosos.

Malraux reaccionó con soberbia, si bien tuvo que admitir un amplio margen de incertidumbre respecto a sus precipitadas conclusiones. No por ello dejaron de publicarse en *L'Intransigeant*, a partir del 3 de mayo, los siete artículos que Malraux dedicó a su aventura, precedidos de un aparatoso despliegue publicitario. Los artículos aparecieron en la primera plana del periódico, e iban acompañados de fotografías (algunas de ellas claramente trucadas) y de los fanta-